

CRÓNICA

¿Tan simple como una escoba?

Recibido: 23 de abril, 2025

Aceptado: 17 de octubre, 2025

Por: Isabel Ducca Durán¹, Investigadora Independiente, Costa Rica,

ORCID:

<https://orcid.org/0009-0008-3635-7905>

Resumen

Un objeto doméstico como la escoba se carga de simbolismo y magia por su circulación social. En esta crónica, se elaboran dos relatos de ficción para contrarrestar las visiones antagónicas acerca de la presencia de la escoba en la vida de dos personajes sanadores: un santo de la Iglesia Católica y una partera indígena en el Perú colonial. La tradición ha sacralizado la escoba del santo y satanizado la de las mujeres, acusadas de brujas. Se concluye con una alusión al fetichismo de la mercancía, por cuanto el origen de demonizar la escoba fue un proceso económico. A las mujeres acusadas de brujas se les despojó de sus propiedades, capacidad productiva y su conocimiento.

As Simple as a Broom?

Abstract

A household object such as a broom is imbued with symbolism and magic because of its social circulation. In this chronicle, two fictional stories are developed to counteract the antagonistic perspectives regarding the presence of the broom in the lives of two healing figures: a saint of the Catholic Church and an indigenous midwife in colonial Peru. Tradition has sanctified the broom of the saint and satanized the broom of women, who were accused of being witches. It is concluded with a reference to commodity fetishism, as the origin of demonizing the broom was an economic process. Women accused of being witches were stripped of their property, their productive capacity, and their knowledge.

Isabel Ducca Durán. ¿Tan simple como una escoba? Revista *Comunicación*. Año 46, volumen 34, número 2, julio-diciembre, 2025. Instituto Tecnológico de Costa Rica. ISSN: 0379-3974/e-ISSN1659-3820

PALABRAS CLAVE:

magia, sanadores en el Perú colonial, fetichismo de la mercancía, brujas, simbolismo de la escoba.

KEYWORDS:

magic, healers in colonial Peru, commodity fetishism, witches, symbolism of the broom.

¹ Es Licenciada en Filología Española de la Universidad de Costa Rica. Jubilada de la Universidad Nacional, Heredia. Ha realizado investigaciones y publicaciones en el área de la literatura infantil, la lectura creativa, la literatura testimonial, la vida y obra de Carmen Lyra, y el análisis crítico del discurso y la ideología. Es autora de los textos *De Odiseo a Obama. Masculinidad hegemónica y relaciones asimétricas* (2012) y *Promesas paradisíacas. Infiernos terrenales* (2014) ambos publicados por la EUNA. Contacto: isaducca@gmail.com

Los seres humanos somos complejos. La vida en sociedad es complicada y tensa. De una u otra forma, proyectamos en los objetos que nos rodean nuestras ansias, deseos y visiones de mundo. Si hay un objeto doméstico que ha sido investido de magia ha sido la escoba. Por ejemplo, decían las ancianas que había que barrer pidiéndoles perdón a aquellos difuntos que se habían enterrado por los caminos y terminaban en polvo de corredores, patios y rendijas veraniegas.

¿Por qué la Muerte no se representa con una escoba, si lo que hace es barrernos de la faz de la Tierra?

La escoba viene acompañando a la humanidad, sobre todo femenina, desde quién sabe cuándo. Quizás, ya en las cavernas había un utensilio similar para barrer el suelo antes de dormir o para sacar las cenizas que se iban acumulando, pues de alguna forma había que eliminar deshechos de comida y de fogatas.

Parece inverosímil que de un instrumento tan elemental haya surgido tal cantidad de asociaciones, ficciones, adagios y demás condimentos. Aún hoy, encontramos en las páginas de internet magia asociada a la escoba, pues, por sí sola, es capaz de:

- Matar a la mamá, si un infante la usa para apuntar con ella a su progenitora.
- Sacar la buena suerte de una casa, si se barre de adentro hacia afuera.
- Alejar el matrimonio y decretar la soltería eterna, si se barre encima de los pies a alguien. O, “peor aún, tener que casarse con un viejito”.
- Alejar a las visitas indeseadas, con solo ponerla al revés detrás de una puerta, ojalá acompañada de un puñito de sal.
- Atraer la buena suerte para el año que inicia, si se estrena escoba el 31 de diciembre y la usada se lanza fuera de la casa.
- Embarazar a una mujer con solo que esta la monte.

Y ahí seguirá la lista...

También hay plegarias a la escoba:

Escoba que barres todo lo que daña,
consigue que se aleje de mi vida, hogar y trabajo,
toda mala palabra o comentario hiriente, así
como los chismes, maledicencia y charlatanería
hechos por malas personas o malos vecinos que
no buscan más que perjudicarme, llévate las
envidias, los odios y traiciones, y todo aquello
que produce desgracia y trastorno y haz que mi
hogar, mi trabajo, mi negocio, mi familia y mi
persona queden limpios de toda mala vibración
y magia. Barre y llévate todo efecto y daño causado
para que la paz y la armonía regresen a mi hogar.
Amén. (Anónimo, s.f., p. 1).

Se ha de acompañar de una vela encendida.

Parece ser que hay escobas sagradas y escobas profanas.

UNA ESCOBA BENDITA

Cuentan quienes saben, porque yo no estuve ni lo vi, que el santo de la escoba tuvo que devolverse del cielo. Aunque su humildad se lo recriminaba, él esperaba entrar por la puerta principal, ser recibido con honores y bendiciones por su vida dedicada a la caridad, al servicio y a las flagelaciones que continuamente se propinaba. Sin embargo, no más iba llegando y lo recibe San Pedro con no muy buena cara que digamos. Del susto no sabía qué hacer, hasta volvió a ver para atrás, pues creyó que se había colado algún indeseable detrás suyo. Pero no era así, ese día y a esa hora, solo estaba él en la lista de ingresos a la santa eternidad.

“¿Qué sería? ¿Cuál de todos los pecados no purgué como se debía? ¿Serán mi soberbia y mi orgullo que me están tentando en este momento? Claro, es eso. Yo venía pensando en que me iban a recibir como un verdadero servidor del Señor y esperaba bendiciones”. Todo eso y más se recriminaba aquel santo varón que había servido a Dios y a la Iglesia desde los quince años.

En esas estaban, cuando un ángel asomó la cabeza para decirle a San Pedro que el Señor lo llamaba con urgencia. Eso fue como echarle fuego al susto de nuestro santo. Mientras esperaba el regreso de San Pedro, siguió con el rosario de reprimendas contra

sí mismo: “Aquí, lo saben todo”; entre “yo no fui o yo fui...”, repasaba los pasajes más terribles de su, según él, existencia pecadora.

Se vio cruzando el alto puente de piedra, saliendo del barrio de la negrería, dejando atrás las casuchas, si se les puede llamar así o, más bien, los tugurios de barro y cañas, alejándose de los malos olores que salían como tufos de los basurales. Se vio en medio puente, asomado para mirar entre las lavanderas a su madre negra como casi todas las que la acompañaban. Recordó su tormento de muchos años, deseó estar vivo, tener a mano su disciplina de tres ramales con sus rosetas de hierro¹ para golpearse y castigarse por haber sentido más de una vez deseos de dejar aquella vida de pobre y huir, o que su padre volviera para llevarlo con él a ese otro mundo donde los negros y mulatos no tenían que sufrir ni vivir entre ese montón de “pecadores” que practicaban todavía, a escondidas, rituales, oraciones y creencias traídas de África.

En las noches de su infancia, más de una vez lo despertaron los cantos africanos de sus vecinos. Su pesadilla más común en aquella época era que unos demonios venían por él y se lo llevaban lejos de su madre. Cuando despertaba sobresaltado, su madre le daba un rosario, lo ponía a rezar hasta que, cansado y rendido de repetir avemarías, se quedaba nuevamente dormido; en otros casos, se tranquilizaba con la llegada del alba, pues los demonios se alejaban durante el día.

Siguió su recorrido por los “pecados” de ese niño que deseaba vivir en alguna casa de ricos en lugar de juntar, por la puerta de los esclavos, el montón de ropa sucia para llevársela a su madre.

Recordó lo que en su ánimo consideró siempre “la soberbia del saber”. El ansia de indagar, de aprender, lo acompañó desde niño, a pesar de su condición de mulato excluido del estudio. Al mismo tiempo que hacía su carrera de barbero, se recriminaba los deseos de seguir más allá de los límites que le ponía su condición. Entre “la soberbia del saber” y su condición, su mente oscilaba en la gran duda si hacía lo correcto, lo que el Señor le demandaba. Ese tormento encontraba el camino del castigo, la plegaria y la fla-

gelación como compensación a su deseo incansable de aprender. En la época de barbero, pasó a todas las prácticas para sacar muelas. Ahí no se detuvo. Como empleado de una botica, asimiló todo lo que su patrón le permitió en el uso y aplicación de medicinas. Al mismo tiempo, su sed de conocimiento lo llevó al camino de la herbolaria. Fue aprendiendo, y aprendiendo de aquí y de allá en el campo de la medicina.

Se convirtió en un auténtico sanador, pero los demonios de la infancia regresaban a azotarlo por lo que él llamaba “su soberbia por saber”; eso lo impulsó siempre al castigo. Pero tampoco podía saciar su sed de aprender. Lo que compensaba con un arraigo cada vez más fuerte en la religión. Para calmar sus culpas buscó refugio en el convento.

Así podía practicar su medicina, no ser rechazado como mulato o ser acusado como muchas de las indígenas sanadoras o como los mismos negros de estar en pactos con el diablo. Por otra parte, encontraría motivos suficientes para propinarse los castigos y practicar la humildad.

Se acusaba, mientras esperaba en las puertas del Paraíso, de no haberse castigado lo suficiente; pudo haberse golpeado más sobre las mismas heridas que se hacía, debió echarse más vinagre en las heridas o haberse puesto sal. Mejor hubiera rezado más y dormido menos.

Esas dos o tres horas de sueño debieron de haberse reducido... Repasaba sus tormentos para culparse de no haber sido lo suficientemente severo consigo mismo. Estaba juntando las fuerzas y rezando para enmendar sus pecados, cuando apareció San Pedro. Entonces, se postró a sus pies, como lo había hecho siempre con sus superiores y sus compañeros en el convento, para decir:

Este perro mulato ruin no supo corresponder a Dios todos los beneficios que recibió al hacerlo hijo de la Iglesia, católico y religioso entre tantos religiosos nobles, doctos y santos. La misericordia de Dios ha sido inmensa de no tenerme en el infierno por mis pecados y escándalos. Mi mala vida, mi tibieza, mi flojedad en las tareas y ministerios que me encomendaron no tuvo límites.

1 Así era y se llamaba un instrumento de flagelación.

Viendo aquel sufrimiento, San Pedro trató de calmarlo, pero no hizo caso alguno. Por el contrario, arremetió con más fuerza.

Este perro mulato no supo agradecer a Dios nuestro Señor que lo salvó de que no lo ahorcaran por ladrón. Pero nunca dejó de robarle al Señor en su propia casa, pues le hurtó el tiempo a mis obligaciones, y no serví como debía a mis amos que eran los enfermos y los religiosos; fui un haragán.

Hubiera seguido con esas acusaciones tan espantosas, si San Pedro no lo hubiera alzado de donde estaba postrado, reprimiendo la risa para que no creyera este santo varón que él no se tomaba en serio su papel de examinador de pecados, para decirle:

Pero, hijo bendito, ¿quién te ha dicho que no has padecido y servido lo suficiente a Dios nuestro Señor? Voy a recordarte lo que has olvidado y desplegó un extenso pergamino:

- Ayudó a su madre siempre; trabajó desde muy niño como apoyo del hogar.
- Fue un excelente alumno del barbero y del boticario. Nunca les quitó tiempo ni dinero. Ayudó a quienes requerían de sus servicios. Cobró siempre lo justo y a regañadientes.
- Fue un estudioso de todas las artes de la sanación.
- Aceptó, sin vergüenza u orgullo, ingresar al convento como donado; es decir, siervo o esclavo, ya que los negros no podían aspirar ni a hermanos legos ni al sacerdocio.
- Cumplió sus labores de conserje con humildad y dedicación: barrió, limpió pisos, cloacas, retretes, atendió la portería, tocó las campanas en la madrugada, hizo los mandados del mercado, atendió a todas las personas necesitadas que, en gran multitud, acudían al convento.
- Cuando su padre, el español, se apersonó en el convento para interceder para que lo dejaran aspirar al sacerdocio, se negó rotundamente y pidió continuar como donado.

- Siempre sacó tiempo para el estudio, la oración y la meditación.
- Fue el enfermero de una congregación de más de 300 frailes y atendió también a quienes llegaban con alguna dolencia o enfermedad pidiendo caridad.
- Acudió solícito a velar por la salud de quienes así lo demandaban.
- Ante la falta de recursos en su comunidad religiosa, se ofreció a ser vendido como esclavo.

Bueno, ya te leí una parte de todo lo que has hecho para tenernos contentos. Ahora tengo que darte una misión.

La lista que San Pedro había reunido de nuestro santico seguía, pero hubiera sido la de nunca acabar y, aunque tenían toda la eternidad, debía terminar con el trámite.

El asunto es que, en la tierra, justamente en el convento de donde este procedía, había un alboroto de “padre y señor mío”. Ya, en el cielo, no sabían qué hacer con tanta queja, tanto llanto y tanta plegaria que llegaba a cada rato del dichoso convento. Estaban que se mataban entre los mismos curas, unos por una cosa, otros por otra, pero no había paz ni orden desde que al pobre mulato se le había ocurrido morir.

No sabían qué hacer con la escoba del santico, pues no paraba de llorar, andaba día y noche barriendo de aquí para allá buscando y llamando al santico. Porque, mientras este vivió, eran como uña y carne, no se despegaban. Adonde fuera que él estuviera, la escoba estaba acompañándolo; cuando iba al mercado, ahí iba la escoba con él. Iba a visitar a un enfermo y, además, de medicinas, hierbas o utensilios, llevaba la escoba, pues, en el momento menos pensado, se ponía a barrer. La limpieza era antes que nada y, para dar el ejemplo, él barría y barría. Dicen que hasta hablaba con ella como una amiga, como una confidente.

La cosa es que la escoba no dejaba vivir a nadie. En el momento menos pensado, a la hora que fuera, irrumpía en los claustros, y se ponía a barrer llorando y llamando a su santico. Interrumpía las misas, los ro-

sarios, aparecía donde y cuando menos se pensaba. Un fraile salió de un retrete lanzando maldiciones, pues lo había interrumpido en un momento muy delicado.

Unos decían que había que regalarla; otros frailes opinaban que debía guardarse como reliquia; no faltó alguno muy amigo del inquisidor que habló de un auto de fe para la pobre escoba, pues estaba embrujada y esas eran artes del demonio.

La cuestión es que cuando el santo varón llegó al cielo, San Pedro tenía un dolor de cabeza por el problema de la escoba, pues no hallaba la solución. Cuando el ángel lo buscó en nombre del Señor, fue que, al fin, habían encontrado el remedio. El santo regresaría a la tierra por la escoba: esta sería la primera escoba en entrar al cielo. Cuando le dieron la orden de que volviera por la escoba, se puso que no cabía de la alegría. Preguntó, como quien no quiere la cosa, si el gato, el perro y el ratón, que comían juntos y eran tan amigos, se podían venir montados en la escoba. Pero, San Pedro, con expresión de patrón frente a subordinados, le contestó:

Si esos van a entrar a la santa gloria, será muertos. ¿Qué haríamos aquí con esos bichos vivos?

El santo no tuvo ningún problema en llegar una madrugada por su escoba. Si estando vivo, tenía la facultad de atravesar paredes, imagínense lo que podía hacer ya siendo solo espíritu. Nadie lo vio, nadie lo oyó; cuando estuvo frente a la escoba, le hizo una seña para que no hiciera ningún alboroto.

Esa madrugada, un par de borrachitos que dormían afuera del convento vieron una escoba que iba volando sola por el cielo. Cuando lo contaron, nadie les creyó, pues su fama era la de pasar el día más ebrios que sobrios; la gente juró que era parte de la borrachera. Sin embargo, a los días, los frailes del convento no sabían qué decir ni qué creer, pues justo coincidía la fecha con el día en que retornó la paz al convento. No se volvió a saber de la escoba por más que la buscaron y la rebuscaron por todos los rincones. El amigo del inquisidor no dejaba de plantear

que esas eran cosas del demonio que se infiltraba hasta en la casa de Dios².

LA ESCOBA MALDITA

Se había retrasado mucho porque la hija de su comadre había necesitado más tiempo y atención de lo que había previsto. Su criatura no estaba en la posición adecuada por lo que debió sobarle el vientre con sango³ de maíz blanco y sebo de llama por mucho tiempo, para acomodarla. Ya estaba lista para cuando fuera el momento. Eso la había tranquilizado, pero había tenido que caminar bastante rato por el desvío que llevaba al arroyo para botar el ungüento con que había sobado aquel vientre; de lo contrario, el embarazo no continuaría su ciclo con fluidez; no quería ser ella la que torciera el sendero de quien iba a nacer. Cuando le ofreció su plegaria al agua por haberla ayudado a lavar los peligros del parto, le pidió salud para aquella vida que aún no veía la luz del sol, pero que ya respiraba por su madre. Sumergió sus manos en aquella agua transparente y helada para limpiarlas de todo mal.

Tomó, después, el rumbo a su casa. Recordó que su marido y su hijo no estaban, por lo que subió un trecho para arrancar unas cuantas papas. Cuando estaba recogiénolas, no dejó de darle las gracias al Apu Pariacaca por la cosecha de ese año. Se echó el cesto lleno de papas a la espalda y se enrumbo a su hogar.

Era casi de noche cuando se acuclilló para encender el fuego, puso a cocer un poco de maíz blanco para hacer un sango. No quería terminar esa jornada sin darle su ración de sango y sangre de llama al cerro por la salud de la hija de su comadre. Cuando estuvo listo, salió de su casa, vio el cielo estrellado, tomó un poquito del caldo de maíz en el cuenco de su mano y empezó a soplar hacia el cerro, mientras oraba:

¡Oh, Hacedor! Señor de los fines del mundo, misericordioso que das ser a las cosas, y en este mundo hiciste (a) los hombres (para) que

2 Para esta recreación, se han tomado referencias de: Mariátegui, J. (2001). Un santo mulato en la Lima seiscientista: Martín de Porres. *Acta Médica Peruana*, 18, 42-47; Peña, A. (s.f.). *San Martín de Porres - El médico de Dios*; Romero, E. (1959). *El santo de la escoba: Fray Martín de Porres*; y Sánchez, A. (s.f.). *Historia de una escoba. Escenas de la vida de San Martín de Porres*.

3 Se trata de un caldo o sopa de maíz y especias.

comiesen y bebiesen, acrecéntales las comidas y frutos de la tierra; y las papas y todas las demás comidas que criaste, multiplícalas, para que no padezcan hambre ni trabajo, para que todos se críen, no hiele ni granice; guárdalos en paz y en salvo.⁴

Lanzó después unas gotas de sangre hacia el cerro. Siempre que hacía este ritual, se veía de niña arriada a su madre, le parecía escucharla pronunciar las plegarias mientras ella se sentaba en una piedra para contemplar las estrellas. Le venía a la memoria las advertencias maternas de que no se debía olvidar darle lo que le correspondía al cerro protector para que estuviera contento, ya que con las plegarias podía extender su amparo y protección más allá para convertir a las montañas cercanas en servidoras suyas, eso les deparaba más salud y bienestar. “No hay que olvidarlo...”, le sonaba como un eco lejano que siempre regresaba para acercarla a su madre.

Cuando entró a su casa de piedra y techo de palma, guardó parte de la sangre y del sango para la hija de su comadre. Esos alimentos ya estaban bendecidos por el cerro, le darían salud y fuerza a la embarazada. Alistó su petate para acostarse, dormiría sola, ya que su marido y su hijo regresarían hasta después.

Cuando escuchó un primer trueno, no quiso dejar pasar la oportunidad. Un trueno en esas alturas secas y frías, no podía desperdiciarse. Además, volvía, una vez más, el recuerdo de sus padres. Ellos, cuando escuchaban el primer trueno, buscaban un poco de chicha y de sango. Salían a la hora que fuera para realizar un ritual muy parecido al del cerro. Así lo hizo, le dio su poco de chicha y sango al trueno, pidió buenos aguaceros durante todo el año para que aumentaran los cultivos, les diera buen maíz y abundantes papas. Cuando se acostó, estaba realmente cansada, pero muy satisfecha, pues sus plegarias y ofrendas siempre encontraban eco en esa Pachamama que estaba llena de vida y acudía siempre en su ayuda. Antes de dormirse, retuvo en sus manos la sensación de aquel ser que cedió a sus cantos para

acomodarse correctamente y nacer cualquier día de esos. Una sonrisa se dibujó en todo su rostro...

Soñó que su llamita le silbaba, sintió como un quejido fino muy cerca, el que siempre hacía para captar sus cuidados. En realidad, era una llama que le habían regalado cuando tenía apenas diez años, pero fue su amiga, su muñeca y compañera de juegos, hasta su canal de comunicación con el cerro y el arroyo. Nunca permitió que la sacrificaran, murió cuando ella tenía treinta años; fue como despedirse de una amiga. Volvía a sus sueños de vez en cuando para anunciarle algún cambio profundo en su vida. La visitó poco antes de quedar embarazada de su hijo; también, días antes de perder aquel embarazo de una niña a los ocho meses. No le dio mucha importancia al sueño, pues se acordó del embarazo de la hija de su comadre y pensó que, tal vez, era un augurio de que todo saldría bien.

Era un amanecer frío como solía ser en esas tierras. Estaba acucillada abanicando el fuego para tomarse algo caliente antes de subir al cerro a revisar los cultivos, cuando percibió la silueta del hombre en su casa. Era el intérprete, venía solo, por eso no pudo percibir su presencia antes de que estuviera ya encima de ella. Ya no podía escapar ni esconderse. De fijo, habían cambiado la táctica para que las personas indígenas no pudieran escabullirse. Aunque el hombre le dijo de qué se trataba, era innecesario. Ya sabía lo que le esperaba.

Pasar algún rato con aquella compañía indeseable, aunque fuera uno de los suyos, le producía un asco feo; no era estomacal, era del alma. Era más duro y terrible que uno de los suyos fuera un sirviente tan dócil de quienes habían venido a hacerles daño de tantas formas nunca imaginadas. Tenía que soportar su presencia un rato, que no podía saber si corto o largo; la repugnancia y el temor juntos abarcaban las instancias más allá del tiempo conocido.

Entonces, aparecieron ellos. Eran como aves de mal agüero. Eran los señores revestidos del poder del dios conquistador que exigía sacrificios para acumular almas y tesoros. Se decían salvadores de las almas para que pudieran entrar al cielo, mientras que los cuerpos en la tierra eran torturados, castigados y, sobre todo, explotados como mano de obra. Estos señores,

4 Duviols, P. (2003). Procesos y visitas de idolatrías. Cajatambo, siglo XVII con documentos anexos. En Bravo, K. (2016). *Brujas y diablos en el corregimiento de Yauyos del Arzobispado de Lima. La imagen estereotipada de la curandera indígena en el discurso de la iglesia católica, 1660-1665* (p. 66).

armados de una cruz y un montón de leyes dictadas por ellos mismos, recorrían pueblos, montañas y aldeas predicando el buen ejemplo, el camino a seguir para no caer en las redes de su enemigo eterno: el demonio. Eran visitas para “la corrección de pecados públicos, vida y costumbres”.

El intérprete les explicó que ya la había informado del objetivo de la visita. Pero la comitiva decidió que debía repetirlo, pues nadie le había dicho que lo hiciera. La orden había sido que se adelantara para impedir que huyera. Había que seguir los procedimientos tal y como habían sido dictados.

Le repitió mecánicamente el objetivo de la visita; un eufemismo más de los tantos que usaban para nombrar su captura. Se la llevaron prisionera cual si fuera delincuente. La dejaron en aislamiento en la cárcel del pueblo durante dos días.

Al tercer día tuvo que comparecer frente al “visitador general de la idolatría”. Hubo un discurso de introducción con el cual se pretendía que ella aceptara sus culpas y sus pecados, para que fueran perdonados inmediatamente, por su bien, pues el visitador, enviado del Arzobispo, tenía la misión sagrada de salvar su alma. Se le acusaba de creer en supersticiones, hechizos e idolatrías. Se le exhortó a que dijera la verdad, se le repitió que el Señor no llegaba a castigar, sino a perdonar a quienes suplicasen misericordia y perdón por haber ofendido a su “divina majestad”. Después de la exhortación a la enmienda, vino la pregunta directa: ¿Era hechicera o idólatra? ¿Hacía sacrificios a algunos cerros o a guacas?⁵ Ella no sabía ni leer ni escribir, pero conocía muy bien lo que le esperaba en manos de los salvadores de almas. Trató de confundirlos un poco cambiándose el nombre; les dijo que posiblemente la acusaban, pues ella era partera y les frotaba el vientre con maíz blanco a las embarazadas y conocía de hierbas. Negó ser idólatra o hechicera.

No podía negar que era partera; tenía mucha proyección y sus servicios eran muy valorados. Así que se preparó para la arremetida del visitador. Este quiso saber los nombres de las mujeres que había atendido, así serían llamadas para dar testimonios o quizás

ser acusadas también, por lo cual optó por decir que todas sus pacientes habían muerto, solo había quedado una viva.

El proceso siguió, ella se negó a “colaborar” con el visitador, con lo cual se prolongó su martirio. No solo llamaron a vecinos y conocidos para testificar acerca de su nombre, sino que llevaron a un testigo que estaba también encarcelado por hechicero e idólatra. Evidentemente, ese testigo requería ganar indulgencias con el visitador por lo que afirmó conocerla, dijo su verdadero nombre y la acusó de hechicería e idolatría.

Como ella negaba una y otra vez durante las comparecencias que fuera hechicera o idólatra, el visitador la exhortaba continuamente a que cuidara y resguardara su alma, la que tanto le había costado a su “divina majestad” criarla en el cielo. Pero todo fue inútil hasta que optaron por el método probado una y otra vez con suma eficacia: la torturaron.

Ante el tormento, decidió confesar. Aceptó ser hechicera, contó los rituales aprendidos desde la infancia para agradecer, pedir y bendecir al cerro, al arroyo, al trueno y a todos los seres que prodigaba esta Madre Tierra. Se negó a involucrar a más gente del pueblo en tales rituales y creencias.

En fin, una vez más ganó el visitador un alma para el cielo mientras el cuerpo y su persona íntegra recibía el castigo. La exhibieron por la aldea montada sobre una bestia de carga, desnuda de la espalda, con una corosa⁶ en la cabeza, con una cruz al cuello que llevaría para el resto de su vida. Un verdugo iba divulgando su “delito”. Al espectáculo de darle los cincuenta azotes en la espalda, acudió el pueblo y los alcaldes del lugar.

Cuando el cortejo iba pasando frente a la iglesia, coincidió con el momento en que su esposo e hijo cruzaban por ahí para encaminarse a su casa. La expresión de ambos cuando la vieron como una verdadera crucificada no la podría borrar ella mientras viviera. Fue, quizás, lo que más le dolió: ver la impotencia y el dolor de ambos. Esa fue la despedida

5 Guacas: se refiere al término huaca del quechua con que se designa a un lugar u objeto sagrado.

6 Según el diccionario de la Real Academia Española: “Cono alargado de papel engrudado que como señal afrentosa se ponía en la cabeza de ciertos condenados, y llevaba pintadas figuras alusivas al delito o a su castigo”.

permitida antes de que la enviaran a cumplir un año de destierro.

Como si no fuera suficiente humillación todo lo que había soportado, cuando había pasado la cuadra de la iglesia, percibió a un español que había rondado su pueblo hacía varios años. Por lo visto, había vuelto y contemplaba extasiado el castigo; a su lado, un hombre llevaba un manojo de escobas de palma a la espalda. El español tomó una y recordando lo que había visto hacer en Europa, se la lanzó a ella y le escupió un:

Anda, bruja maldita, ahí te va tu escoba, ojalá te quemen con ella.

Ella guardó silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer una indígena? Pero recordó muy bien cuando siendo casi una niña, tuvo que cruzar hacia un pueblo vecino y se topó con este español... La forma en que la emboscó para tratar de violarla. Ni él ni ella olvidarían nunca ese encuentro, pues ella sacó, en el momento menos pensado para él, una aguja de hueso y se la clavó donde más le podía doler. Lo dejó llorando de dolor y maldiciéndola. Ella logró huir y corrió desesperada hasta que encontró gente de su misma aldea que la socorrió.

Su madre siempre le dijo que anduviera con una aguja escondida entre su ropa, pues podía ser de gran ayuda para cualquier mujer.

Al final del recorrido, se la entregaron al cura que la llevaría custodiada a cumplir su destierro a una iglesia de una ciudad para servir y recibir doctrina⁷.

UNA ACLARACIÓN FUNDAMENTAL

Quizás la comparación sobra para determinadas personas; sin embargo, otras requerirán ciertas consideraciones finales. Ambos personajes cumplían funciones sanadoras dentro de sus comunidades; consideraban fundamental, para cumplir su misión, evocar la ayuda religiosa aprendida y asimilada como válida dentro de su grupo de origen. Uno fue considerado modelo ejemplar, y la otra fue definida como pecadora, seguidora del diablo y recibió un castigo públi-

co para enmendar lo que había sido su dedicación mística. Mi pretensión fue que los relatos representaran las opciones maniqueas de un entorno histórico, con un simbolismo asignado a las escobas.

La del varón religioso es bendita, incluso existió o existe el rito de regalar una escobita como portadora de sus milagros. Por otro lado, en Europa, en algún momento, se asoció la escoba como utensilio para los vuelos nocturnos de las brujas. Según Peña, quien describe los procesos místicos de Martín de Porres, él mismo se trataba como “perro mulato”, los castigos que se autoprodigaba los detalla ampliamente. Este autor ensalza tales procedimientos con una visión acrítica de la trayectoria de la Iglesia Católica. Sin embargo, queda la gran interrogante del porqué de ese “perro mulato”: ¿sería una forma de un rechazo interno y una dosis de racismo contra sí mismo? Lo que sí se puede afirmar es que, pese al reconocimiento popular, desde el siglo XVII, por su dedicación a los enfermos y a la caridad cristiana, su canonización se dio bien avanzado el siglo XX. En 1962, Juan XXIII lo declara santo de la Iglesia Católica. Para Celia Cussen, historiadora colonial, su reconocimiento se debe en gran parte a la lucha por los derechos civiles de la población afrodescendiente en Estados Unidos; en ese entorno, su figura se volvió emblemática por el “redescubrimiento” de su trayectoria por algunas iglesias católicas.

Por otro lado, existe una serie de estudios coloniales acerca de lo que fue la persecución, así como la cárcel de brujas y brujos, especialmente de mujeres curanderas, en América Latina por parte del Tribunal de la Inquisición o de su brazo auxiliar la Extirpación de Idolatrías. Por ejemplo, en Perú, nos aclara una historiadora:

También en Perú el primer ataque a gran escala contra lo diabólico tuvo lugar en 1560, coincidiendo con el surgimiento del movimiento Taki Onqoy, un movimiento nativo milenarista que predicaba contra el colaboracionismo con los europeos y a favor de una alianza panandina de los dioses locales (huacas) para poner fin a la colonización. Los takionqos atribuían la derrota sufrida y la creciente mortalidad al abandono de los dioses locales y alentaban a la gente a rechazar

⁷ Esta recreación está basada fundamentalmente en: Bravo, K. (2016). *Brujas y diablos en el corregimiento de Yauyos del Arzobispado de Lima. La imagen estereotipada de la curandera indígena en el discurso de la Iglesia Católica, 1660-1665*.

la religión cristiana y los nombres, la comida y la ropa recibida de los españoles. También exhortaban a la gente a rechazar el pago de tributos y el trabajo forzado impuesto por los españoles, y a “abandonar el uso de camisas, sombreros, sandalias o cualquier otra vestimenta proveniente de España” (Stern, 1982, p. 53). (Federici, p. 298).

Esa autora señala que, en la represión llevada a cabo en Huarochirí en 1660, de 32 condenas, 28 correspondían a mujeres. Fueron ellas quienes tuvieron más presencia en la resistencia anticolonial, ya que se oponían a la nueva estructura de poder. Los objetos circulan socialmente cargados de la sensibilidad social del entorno. En este caso concreto, los simbolismos opuestos asignados a las escobas son expresión de las fuerzas sociales antagónicas que luchaban en ese momento histórico. Aún en la actualidad, en el audiolibro mencionado hay un apartado que se llama: “Las escobas también suben al cielo”. Evidentemente, hay una selección ideológica de dicha escoba, como la hubo en Europa y en América para las escobas de las llamadas “brujas”, que eran sanadoras, en su mayoría, excelentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anónimo. (s.f.). Oración de la escoba a Señor. Oraciones y plegarias para suplicar y solicitar ayuda o expresar nuestra gratitud. Recuperado de <https://www.oracionespara.com/oracion-de-la-escoba/senor/317/>
- Bravo, K. (2016). *Brujas y diablos en el corregimiento de Yauyos del Arzobispado de Lima. La imagen estereotipada de la curandera indígena en el discurso de la Iglesia Católica, 1660-1665* (Tesis de maestría). Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Recuperado de <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/4999/1/T1959-MEC-Bravo-Brujas.pdf>
- Duviols, P. (2003). Procesos y visitas de idolatrías. Cajatambo, siglo XVII con documentos anexos. En Bravo, K. (2016). *Brujas y diablos en el corregimiento de Yauyos del Arzobispado de Lima. La imagen estereotipada de la curandera indígena en el discurso de la iglesia católica, 1660-1665* (p. 66) (Tesis de maestría). Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador.
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Historia- Madrid: Traficantes de sueños. Recuperado de: <https://www.traficantes.net/si->

[tes/default/files/pdfs/Caliban%20y%20la%20bruja-TdS.pdf](https://default/files/pdfs/Caliban%20y%20la%20bruja-TdS.pdf)

Mariátegui, J. (2001). Un santo mulato en la Lima seiscientista: Martín de Porres. *Acta Médica Peruana*, 18, 42-47. Recuperado de https://sisbib.unmsm.edu.pe/BVrevistas/acta_medica/2001_n1/pdf/a09.pdf

Peña, A. (s.f.). *San Martín de Porres - El médico de Dios*. Recuperado de

<http://traditioop.org/santos/San%20Martin%20de%20Porres/San%20Martin%20de%20Porres%20el%20medico%20de%20Dios%20Angel%20Pe%C3%B1a.pdf>

Romero, E. (1959). *El santo de la escoba: Fray Martín de Porres*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca. Recuperado de <https://archive.org/details/elsantodelaescoba00rome/page/n5/mode/1up>

Sánchez, A. (s.f.). *Historia de una escoba. Escenas de la vida de San Martín de Porres* (audiolibro). Recuperado de https://www.articulosreligiosospeinado.com/es/libro/historia-de-una-escoba-audiolibro_74380